

turalaleza, de este gran principio de atraccion, de amor que hay en el seno del mundo, de esta general trasmutacion y cambio de todos los séres, que flotan, segun los orientales, en el Océano de la vida universal. Es, pues, Vichnú la apoteosis de las sensaciones.

Mirad, señores, todas las demás encarnaciones de aquellos dioses, y encontrareis en el fondo la misma idea. La divinidad esposa de Shiva, sentada en lo alto del Himalaya, con la copa llena del néctar de la vida en una mano, con ramos de flores en la otra, apoyada en una vaca que la mira sumisa; dejando errar sus miradas por las transparentes ondas del gran rio que nace á sus plantas; acariciando á la media luna que se mece dulcemente á su lado; iluminada por el fuego creador que refleja las rojas llamas en su altiva frente; radiante de felicidad y hermosura, es la gran nodriza á cuyos pechos, que rebosan dulce leche, se crían todos los séres. Y todos los hijos de Shiva son grandes manifestaciones de la naturaleza, de los fenómenos del mundo exterior personificados, segun la tendencia al antropomorfismo, que hemos visto siempre en la gran raza indoeuropea. Poleyas, rodeado de la luz, del fuego, de la luna y de las estrellas, con cabeza de elefante, representa el principio del año, la reproduccion de las estaciones. Scanda, mecido en el cielo, criado por las grandes constelaciones, mon-

tado en un pavo real de mil colores, con el gallo á sus piés, representa la luz fecundante y creadora del sol. En el Olimpo indio, bajo los grandes árboles, de cuyas hojas pende trémula y pura la gota de rocío; en aquellas grutas cubiertas de musgo, llenas siempre de luciérnagas, que parecen estrellas descendidas del cielo á reposar en el follaje; en sus lagos inmensos y serenos, rizados tan solo por la brisa, que desciende fresca y amorosa de los nevados picos; en aquel gran mar de vida, que parece el depósito de la exuberante savia de la naturaleza, nace radiante de luz y de alegría el politeismo griego, que es hijo natural del politeismo de la India. Los dioses indios se manifiestan, pues, por encarnaciones. Y advertid, señores, que en todas estas divinidades del Oriente, en todas las encarnaciones de sus dioses, lo que en realidad se vé es la apoteosis, la divinizacion de las grandes impresiones que dejan en el ánimo del hombre los fenómenos, los séres, los objetos múltiples y variados de la naturaleza material.

La encarnacion del Hijo de Dios vivo, no es, no puede ser esa concepcion grosera y primitiva del sentido. El Verbo cristiano es la manifestacion real, humana, del Dios eterno en el tiempo; es la revelacion amorosa del espíritu divino á la humanidad; es la eterna palabra, la eterna idea de Dios encarnada en nuestra forma; dogma consolador,

dogma divino, que levantando al hombre del seno de la naturaleza donde esclavo dormía con el pesado sueño de los sentidos, derrama por todo su sér un divino soplo, lo crea de nuevo, le dá la conciencia de su dignidad superior á la de todos los séres creados, y le abre el mundo de las eternas armonías haciéndole el punto de union entre las criaturas y el Creador, entre la naturaleza y Dios. Examínense las consecuencias de este dogma. Dios no ha escogido para manifestarse ninguna de las infinitas y varias formas de la naturaleza, porque todas eran indignas de ser su templo; ha escogido el hombre, y al escoger esta forma ha destruido los antiguos privilegios religiosos, ha llamado á su gloria á todos y ha impreso en la frente de la humanidad, dividida, atormentada por la casta, la idea de la igualdad moral; conquista sublime del espíritu divino de justicia, sobre las grandes injusticias sociales y religiosas; principio que debemos invocar cuando se pretenda aherrojarnos en nombre de Dios, y con el nombre de Dios ungir la horrible tiranía, recordando que la libertad es hija del Cristianismo, y la igualdad religiosa, verdadero ideal de una sociedad perfecta, ha sido regada con la sangre del Divino Mártir, en el altar sublime del Calvario.

El Dios que creó los cielos y la tierra, se revisite de la forma humana, y al vestir esta forma dá su verdadera dignidad moral á nuestra especie.

Su vida es la vida del artesano, su casa es la casa del pobre, su palabra es la exaltacion del desgraciado y del humilde. El dolor, que en las religiones antiguas habia sido como una marca de afrenta, en la religion cristiana es como fuego, en que se purifica el espíritu, en que se limpia de sus manchas el hombre, para pisar despues los cielos y los mundos. Para que no pueda dudarse que Jesús fué hombre, y que exaltó á todos los hombres, y que no distinguió en esta redencion sublime, porque todos fueron igualmente por su sangre purísima rescatados de la primera culpa; descendió á las últimas clases sociales, conversó con los publicanos y con las adúlteras, tomó por soldados pescadores, lloró lágrimas de sangre, pasó angustias infinitas, sufrió todos los acerbos dolores de nuestra humanidad, y murió por fin, como el último de los hombres, en afrentoso suplicio. La humanidad así regenerada por el Verbo Jesucristo, su forma misma enaltecida á ser la forma del Verbo, su sangre purificada por el aliento del Creador, su culpa redimida y rescatada con el sacrificio sublime del Calvario, sus acciones sujetas á una ley religiosa y divina, su libertad sellada con la palabra de Dios, su espíritu purificado en la inmaculada sangre, su inmortalidad asegurada con la muerte de Jesucristo, del hijo del hombre; todos estos dogmas sublimes, coronando sus sienes con una diadema luminosa más duradera que los astros, todos estos dog-

mas nos dicen, considerados desde nuestro punto de vista que no escluye el puro sentido religioso, nos dicen que la humanidad ha entrado triunfante en la época más grande y más hermosa de la historia, en la época de la igualdad ante Dios de todo el linaje humano.

Esta sublime idea resplandece en todo el culto cristiano, esta idea divina de igualdad religiosa que es la base de todo el Cristianismo. El sacerdocio oriental es puramente aristocrático, es hereditario; el sacerdocio cristiano, nunca ha preguntado al hombre por su origen, siempre por su amor á Dios y á la humanidad. El origen, pues, del sacerdocio cristiano, es puramente democrático. El culto oriental era el anonadamiento del hombre y de la naturaleza en Dios, y de aquí los sacrificios cruentos de hombres y animales: el culto cristiano es la exaltacion de la humanidad; y de aquí el sacramento divino de la comunión del hombre con Dios. Comparad aquel sacerdocio oriental, hereditario, que apoya su autoridad en una larga genealogía, y despues la delega á sus hijos; no revelando, sino oscureciendo y ocultando á Dios; recitando en voz baja los libros divinos, para que sus secretos no trasciendan al pueblo; ejerciendo un despotismo sangriento; dueños de las vidas y de las propiedades de los hombres sujetos á su dominio; gozándose en degradar á las clases inferiores para que los sirvan de rodillas; sosteniendo con sus

manos las castas; aquellos sacerdotes, que encienden el fuego del sacrificio, y arrojan en el fuego las entrañas de las víctimas, para que todo lo creado se pierda como vaporosa nube de humo en Dios, y se acercan al ara, y con su cuchilla sagrada abren el pecho del hombre y exprimen la sangre de su corazón sobre el altar en señal de que el hombre es ante ellos sombra, como nada; comparad ese sacerdocio oriental, despótico, tirano; ese sacerdocio que tiene en tutela vergonzosa á los pueblos y los quiere hacer un rebaño, comparadlo con aquel apostolado cristiano, pobres, nacidos en las clases más bajas de la sociedad, pescadores infelices, que solo han tenido comunicacion con Dios por medio de la naturaleza; libres, sin propiedad ninguna, sin más arma que su palabra, sin más auxilio que su bendito amor, apoyados en su báculo, sin saber donde van; llenos de una idea, sedientos de propagarla por el mundo y de consumir los antiguos ídolos; sacerdotes que predicán en una lengua desconocida la libertad del hombre, la igualdad de todas las razas, la santa fraternidad de todos los pueblos, comunicando la criatura con el Creador por medio de la oración, que levanta al redimido hasta su Redentor; soldados de un mundo moral, sin espada, sin escudo, que cuando llega la hora de morir, cuando el viejo espíritu, el espíritu tradicional, por sus instintos de conservación los arroja á la hoguera, mue-

ren contentos, y mientras sus cuerpos son pasto de las llamas y se deshacen martirizados en cenizas, un cántico de triunfo se desprende sublime de sus labios, que como sus almas desceñidas de los lazos de la materia, se pierde en el azul firmamento.

Examinados ya en parte algunos de estos dogmas referentes á Dios, veamos los que se refieren al hombre en oposicion á los dogmas orientales. No busqueis al hombre en Oriente. La naturaleza se irradia en diversas manifestaciones, en agua, en fuego, en aire, en organismos que forman un gran todo, y entre estas varias manifestaciones de la naturaleza se encuentra el hombre, que antes ser hombre, ha revestido todas las formas, ha pasado por todas las grandes trasustanciaciones, ha sido piedra, árbol, flor, mariposa, serpiente, y otros muchos séres, formas de que se despoja como la cullebra de su plateada piel en los campos, y despues subiendo de astro en astro, de esfera en esfera como un ángel, ciñéndose vestiduras todavía más hermosas, etherizando su cuerpo á manera de suave luz, al fin de este camino, como el aroma de una flor, como una esencia suavísima, se pierde en ese gran foco de vida, en ese gran laboratorio de sustancia, en ese eterno sér, inmenso, inexplicable, que es el jugo, la sangre de la naturaleza, el principio, el fin y el medio de to-

das las cosas, en Dios. Este es el dogma oriental.

El hombre en el Cristianismo es persona con todas las grandes categorías personales, que remata por la hermosura de su organizacion la naturaleza, y reina por la superioridad de su inteligencia sobre todos los séres; semejante á Dios, y teniendo en sí la razon, la bondad, la verdad, la justicia, la ciencia, la hermosura, todos los atributos del sér, aunque limitados por su naturaleza contradictoria; personalidad augusta, que no se oscurece ni por un instante; sacerdote que en el altar de la tierra va levantando todos los séres á su Creador, y leyendo la idea oculta que encierra toda la naturaleza, y que al mismo tiempo, con entera libertad, dentro de la ley de la Providencia y bajo el patrocinio de la revelacion y de la gracia, forma su propia vida, la hermosea ú oscurece con sus acciones; y cuando llega la hora de la muerte, lejos de evaporarse como la gota de rocío en los aires, ó de perderse como los átomos de ceniza en el viento, entra con su agusta personalidad en la otra vida, y acompañado de sus pensamientos y de sus acciones, recibe de Dios el premio ó el castigo.

Bien es verdad, señores, que la idea del hombre es una idea imperfecta si no va acompañada de la idea de libertad. ¿Y qué libertad podia existir en el seno del panteismo materialista? El Oriente creía que el alma solo era perfecta cuando es-

taba en la inaccion, en el silencio, en el sueño. La actividad del espíritu era una rebelion, la libertad del pensamiento un sacrilegio. El hombre que se habia identificado con la naturaleza, que habia desaparecido en el gran todo, que se habia despojado de su voluntad, de su pensamiento, que habia perdido todo su sér; solitario, orando bajo un árbol, viviendo como el vegetal, sin movimiento; ese hombre esclavo, ese hombre máquina, era el ideal de la perfeccion religiosa. En todas las oraciones, en toda su vida, el creyente, por una fuerza ciega, tendia á dejar de ser hombre, á perderse en las aras de un gran sacrificio. ¡Cuántas veces, señores, el creyente ponía su cabeza bajo la rueda del carro de sus dioses para morir á sus plantas, y hacer así la obra más meritoria que hacer podia á los ojos de Dios! Ese pecado original del mundo asiático, pasó al mundo clásico. El destino que pasaba sobre los hombres de Grecia y Roma, no era sino la reminiscencia de su cuna, el lazo que unía á la civilizacion hija con la civilizacion madre. El Prometeo encadenado en un monte, sufriendo el martirio de que un cuervo le devorara las entrañas por haber robado la luz á los cielos; el Edipo, ciego, enfermo, pobre, esposo de su madre, verdugo de su padre, generador de infelices hijos que se matan delante de los muros de una gran ciudad por un trono; maldecido de los dios

ses y de los hombres, que no tiene un asilo donde refugiarse, vagando por los valles y los montes, apoyado en su hija Antígona, pidiendo en vano con voz doliente á su dolor, á sus heridas, á los elementos la muerte; el Edipo, ciego, juguete del destino, azotado por la adversa suerte, verdugo, inocente víctima expiatoria de toda una raza de reyes, que sufre todos esos castigos por haber interpretado el enigma de la vida y de la ciencia; el Prometeo y el Edipo encadenados, es decir, el hombre esclavo de la naturaleza y del destino, se levanta de su abatimiento cuando la hora de la revelacion cristiana suena en el mundo, y se despierta á una nueva vida; la coyunda del destino está rota á sus plantas; la libertad, el fuego de la vida, el fuego del cielo reluce en su frente, reanima su sér, y esa libertad penetra en el derecho, penetra en la sociedad, regenera todo el hombre, se entraña en lo más profundo de su naturaleza, y así en la historia moderna vereis caer una tras otra en el abismo del tiempo todas las tiranías, quebrarse y fundirse en los hierros de todos los esclavos, y esa libertad, hija del cielo, perfumada con el último aliento de Jesús moribundo, inundar con su luz todas las conciencias y extenderse por todas las sociedades cristianas.

Hay otro principio que merece nuestra atenta consideracion, el principio del origen del hombre. Esta cuestion pavorosa fué planteada y re-

suelta de distinta suerte en la religion oriental y en la religion cristiana. El origen de las castas en todo Oriente desde la India hasta Egipto, es distinto, diferente. El Cristianismo, la religion divina, ha enseñado á los hombres que todos, absolutamente todos, el rey y el vasallo, el esclavo y el señor, todos son hijos de un mismo padre, de Dios.

¿Y no habeis comprendido toda la trascendencia que tiene el dogma oriental y toda la inmensa trascendencia que tiene el dogma cristiano? En el dogma oriental el hombre es una degeneracion de Dios. Conforme sale el hombre ó de la cabeza, ó de los brazos, ó de los muslos, ó de los piés del dios, pertenece á una de las clases sociales. La materia de que aquellos individuos inferiores, los párias, están formados, no es tan hermosa como la materia de que está formado el sacerdote y el guerrero; y el espíritu que circula por su cuerpo no es tan puro, trasparente y hermoso como el soplo divino que circula por el cuerpo de la aristocracia. Examinad el dogma oriental de la creacion del hombre. De los labios de Brahma perfumados por las esencias de todos los séres, salieron los sacerdotes, la clase más privilegiada de la sociedad, cuyo único destino es proferir eternamente la divina palabra, y guardarla en su conciencia y en sus templos. De los brazos del dios nacieron clases más inferiores, los guerreros, cu-

yo era el destino de velar por la vida y por el poder de los sacerdotes. Entre estas dos clases media ya un origen distinto. De su muslo nació otra clase inferior, destinada á sustentar á los sacerdotes y guerreros, el menestral y el agricultor. Este sér es de origen más bajo, más indigno que las otras castas. Y por fin, del polvo que levantaban las plantas de Brahma nacieron las últimas castas, las más infelices; las destinadas á perpetua servidumbre. Estos son los esclavos. Y aún más allá, en lo más hondo y oscuro de la sociedad, hay un sér, cuya sombra envenena como la sombra de ciertos árboles de los trópicos, cuyo aliento es letal, y cuya vida es maldita, el pária, de cuyo origen nada dicen los libros sagrados, ni nada los dioses; porque esa clase solo ha podido ser hija del eterno genio del mal, y por eso lleva la marca de eterna reprobacion en su frente. Las castas se hallan separadas por insalvables abismos. El sacerdote no se unirá nunca al guerrero, ni el guerrero al menestral, ni el menestral se unirá al siervo, ni el siervo al pária. El nacimiento separa estas clases como el distinto origen divino. La cadena que el siervo arrastra, la trasmite á sus hijos; sus pesadas argollas van cayendo de generacion en generacion como una larga série de maldiciones. Por eso salió de las plantas del dios. Los instrumentos de labranza los arrastra el labrador toda su vida, y no puede

nunca levantar la frente del polvo de la tierra. Como el bruto sujeto siempre á un predominante instinto, como el árbol agarrado á la tierra, el agricultor, el menestral, vive en su obra y para su obra, en su trabajo y para su trabajo, y engendra solo menestrales y labradores que repiten su misma obra y sufren sus mismos trabajos. Por eso han nacido de los muslos del dios. Los guerreros ya saben que las generaciones que le preceden y las generaciones que le habian de seguir, no pueden darse punto de reposo, y han de pasar su vida en acerar sus armas, en acechar á sus enemigos, en recorrer como las aves carniceras los campos de batalla. Por eso nacieron de los brazos del dios. El sacerdote, postrado ante los dioses, su verdadera y única imágen, el depositario de sus secretos, el intérprete de su palabra, el mensajero de sus órdenes, el guardian de sus leyes, su eterno legatario, siempre guardando el fuego del sacrificio, prestando siempre sagradas libaciones, siempre ofreciendo víctimas al pié sacratísimo del ara, con sus sienes ceñidas de una aureola refulgente, con sus labios perfumados y humedecidos por el rocío bendito de la vida divina, dominando sobre los espíritus y sobre los cuerpos; los sacerdotes son verdaderos dueños del poder en aquella sociedad.

Así la aristocracia oriental, necesaria en los primitivos tiempos de la historia, tiene un pedes-

tal tan grande como la tierra, un dosel tan hermoso como el cielo, una espada tan cortante como la destruccion que maneja su dios Shiva, una alma tan inextinguible y sagrada como el fuego que arde en las entrañas de la naturaleza, puesto que sus títulos nobiliarios están escritos con letras de diamantes en el cielo por la misma mano de sus dioses. El pária, sér infeliz, sin esposa que le consuele, sin hijos que perpetúen su nombre, sin familia á do convertir en la aficcion sus ojos: puesto en los linderos de la sociedad, en un desierto, fuera de la verdadera vida; azotado siempre, hecho pasto de todas las guerras, fundamento de todos los poderes; amasando con su sangre los pedestales de sus déspotas, cubriendo y alimentando con sus cenizas el campo donde es sacrificado, tegiendo desnudos los filamentos de las plantas para vestir á sus señores, recolectando hambriento las frutas de la tierra, erigiendo, ¡él! que duerme á la intemperie, grandes palacios; el pária, que acompaña con los piés desnudos y las espaldas heridas por el látigo á todos los tiranos, y sirve de instrumento para aherrojar y esclavizar á otros pueblos, á otros séres infelices; puesto fuera de la ley en las Indias, cargado con el peso de las armas en Persia, llevando y trayendo siempre los fardos del comercio en Fenicia, cubriendo con sus restos palpitantes los altares de Babilonia donde le destinan al sacrificio; esclavo infeliz en

Grecia y Roma; despues de tan largo, de tan inmenso martirio, él, que ha impregnado el aire con los vapores de sus lágrimas, que ha cubierto con sus huesos y cenizas toda la tierra amasada con sus lágrimas y con su sudor y con su sangre; sin Dios de quien esperar justicia ó misericordia, porque hasta el cielo está para él vacío; el pária, ese eterno mártir de la historia, cuando el Hijo del hombre espira en la Cruz sabe con maravilla y con asombro que él, tan menospreciado, es tambien hijo de Dios, que su vida maldita es una emanacion del cielo, que su alma es de origen tan divino como el alma del rey, como el alma del sacerdote, que sus sienes, heridas por el clavo de la servidumbre, pueden tambien llevar una corona de estrellas en el cielo. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Este dogma de la creacion del hombre, unido al de la inmortalidad del alma, son la verdadera diadema de nuestra personalidad. Y en efecto, señores, no conozco un dogma que haya contribuido más á levantar al hombre de su abatimiento que el dogma de la inmortalidad del alma predicado por Jesucristo. Parece que esa idea existe en Oriente, y así se deduce á primera vista al considerar sus dogmas religiosos. Pero considerad detenidamente que allí la inmortalidad del alma no puede levantar la frente del hombre, antes la humilla y la abate en el polvo. Esta nocion parece

más clara en Persia y en Egipto aún que en la India. En Persia las almas son presa de un constante combate de los dioses fundamentales de la teogonía. Mientras el mundo existe, aunque desceñidas de sus cuerpos, las almas existen apegadas al mundo; pero llega un dia en que el principio del mal es herido y precipitado en el lago hirviendo que le aguarda en la eternidad; y entonces, cuando el principio del bien ya es vencedor, se secan los mares, se caen como polvo las estrellas, se funden las montañas, se derriten todos los metales que las montañas entrañan en su seno, y por este ardiente mar pasan las almas para lavarse y purificarse de todas sus manchas, de todos los pecados terrenos; hasta que subiendo por su misma fuerza á las alturas, vienen á ser átomos de luz del único sér que despues de tanta destruccion queda, del principio del bien, sol que brilla refulgente en los desiertos cielos, en los abandonados espacios. En Egipto ese dogma de la inmortalidad del alma es más perceptible, y sin embargo, es tambien imperfecto. Así como toda el Asia oriental adora la naturaleza como un gran todo, el Asia occidental, que se va acercando á la tierra del politeísmo, la adora en sus determinaciones, y Egipto, término medio entre Asia y Grecia, entre la tierra que adora la naturaleza y la tierra que adora al hombre, el Egipto se rinde ante la naturaleza orgánica y adora á los animales. Mas su



idea capital respecto al dogma de la inmortalidad del alma, es, que este elemento superior sólo puede existir mientras existe la organización de que forma parte, y así conserva largo tiempo los cadáveres, los embalsama, los petrifica para que se conserven sus almas. Y no busquéis nociones más claras en los demás pueblos de Oriente. Los mismos hebreos, que eran los escogidos del Señor, no tuvieron ideas claras de este dogma tan grande y tan trascendental, y Bossuet dice terminantemente en su *Historia Universal*, que admitían en sus templos á ejercer el sacerdocio á los Saduceos que negaban la inmortalidad del alma. Véase, pues, la diferencia inmensa que en esto separa al Cristianismo de las demás religiones. El Cristianismo ha enseñado al hombre que se apagará el sol y las estrellas, pasarán como sombras los montes, como lluvia que se evapora los mares, como flor arrebatada de su tallo por el viento la tierra, y todos los mundo, y todos los planetas, y el alma y el hombre mismo, como sér de armonía, sobrevivirá á la total ruina del Universo con su propia personalidad, porque el hombre es de la eternidad, es de Dios.

Este principio daba una base incontrastable á la moral. ¡Ah! señores, yo no conozco moral más pura, ni es posible que exista moral más pura, más grande, más hermosa que la moral cristiana, verdadera ley práctica de nuestra vida, verdade-

ro Thabor donde se trasfigura la personalidad humana. En todos estos pueblos antiguos, el código de la moral está en la ley del Estado; el bueno y el mal principio están fuera del hombre. Son dos fuerzas superiores de que el hombre depende como el astro, como el último sér de la creacion. Advertid, señores, el dualismo de las religiones orientales y estudiadlo detenidamente. Es una guerra, un combate, cuyo precio es el hombre. Desde el principio de la vida, uno de esos elementos se apodera de la personalidad humana y la arrastra consigo, á la manera que el viento arrastra los menudos granos de arena. Los dos genios dominan más ó menos manifestamente en todo el movimiento religioso del Oriente. En Persia, donde este principio de lucha, de contradiccion se determina más claramente, es donde mejor puede ser comprendido y estudiado. La luz y las tinieblas no solo combaten eternamente en la naturaleza, tambien combaten con la misma fuerza en la conciencia. El principio luminoso, el principio del bien es hijo del amor divino. El agua que flotaba sobre el mundo naciente y el primer fuego en que se enrojecieron los astros, son los dos elementos de que está formado ese principio de bondad y de hermosura. Él es primogénito del sér de los séres, vaso sagrado que guarda lo infinito, lo esencialmente bueno, la vida. Se llama el cuerpo de los cuerpos, que vivifica y alimenta con su vida to-

das las cosas. Y frente á frente de este principio de salvacion, de bondad, de hermosura, se encuentra el negro principio del mal, que por su propia voluntad despeñándose en los abismos exhaló de sus negras fauces las pavorosas tinieblas. No podia existir la moral, no, porque la moral no se ha escrito para los hombres que se consagran á la esclavitud. No hay nada más inmoral, nada más contrario á las leyes de Dios y de la naturaleza que romper en el hombre la imágen del Eterno, rompiendo el principal atributo, la primera ley, sí, la ley fundamental de toda moralidad, la libertad del hombre, y de consiguiente su absoluta responsabilidad. El dogma de la responsabilidad humana, que el Cristianismo ha traído consigo, es la piedra fundamental de toda moralidad. El hombre que sabe que es dueño de su vida y de sus acciones, que es responsable por lo mismo de esas acciones y de esa vida, que contrae mérito ó demérito, segun se acerque ó se aparte de la ley moral, el hombre que esto sabe no cae en el lodo, no rinde á los ídolos de las bajas pasiones su personalidad, no mancha el blanco armiño de su conciencia, ni corrompe y envenena su corazon, vaso olorísimo que guarda el aroma del amor.

El amor es la primera ley del hombre; ese amor que nos lleva á respetar en cada uno de nuestros hermanos un individuo de la humanidad; ese amor, que hace de cada una de nuestras accio-

nes principios eternos de moral; ese amor, que es como las alas prendidas á nuestra alma para volar sin mancharse sobre la faz de la tierra; ese amor, dulce armonía de todas las ciencias y de todas las voluntades; amor vivo ya en el hombre, pero que necesita encarnarse en la ley social, para que el hombre abrace al hombre y todos unidos reconozcamos por único Dios y señor á nuestro Padre que está en el cielo. Y esta ley moral, delante de la que no hay ni romano, ni bárbaro, ni esclavo, ni señor, ni rey, ni vasallo; esta ley moral que dió un alma á la humanidad como el derecho romano le habia dado un cuerpo, esta ley moral tiene un carácter superior, aún no bien estudiado, aún no bien comprendido, carácter que han querido borrar los hombres que tienen interés en detener á la humanidad en su camino, pero que no puede ya oscurecerse y eclipsarse, porque resalta con vívida luz á los ojos de todó el mundo; y consiste en que la ley cristiana, la ley de la moral cristiana, no solamente obliga á los individuos, obliga tambien á las sociedades, obliga tambien á los gobiernos, y en tan alto y sublime grado, que no es lícito á un gobierno cristiano, á un gobierno que ha nacido del seno del Evangelio, reunir en sí la autocracia, tiranizar las ciencias; no le es lícito cometer injusticias en nombre de la sociedad, no le es lícito mutilar la personalidad humana, no le es lícito fundar un